

¿Quién lo mató, si era tan bueno?

Dentro de muy pocos días, la mayoría de los países relacionados con la tradición cristiana, occidentales u orientales, del norte o del sur, pertenecientes al primero, a lo que fué el segundo o al tercer mundo, estarán celebrando la Navidad, o sea, el nacimiento de Jesucristo, quien para los cristianos de cualquier confesión es algo más que "un hombre bueno", cuyo nacimiento histórico merece memoria festiva, sino que es el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros y por nuestra salvación, engendrado por la acción luminosamente misteriosa del Espíritu de Dios en el seno virginal de María de Nazareth. Pero cristianos y no cristianos, insertados inteligentemente en el mundo, sabemos que nuestra Historia resulta incomprendible si no conocemos a Jesús, a la hoguera evangélica que Él encendió, mutadora de realidades y de valores (religiosos, éticos y socio-políticos o "temporales") y encarnada, con mayor o menor fidelidad a lo largo de estos veinte siglos en la Iglesia. Ignorar a Jesús y la Iglesia independientemente de la fe o de la no-fe que se profese- equivale a renunciar a la inteligibilidad de estos veinte siglos de deambular humano. Esta última afirmación me conduce a contarles una anécdota que da razón del título de esta "apostilla", que nos refiere a la muerte cuando de nacimiento, de Navidad, se trata.

Hace casi quince años soy párroco del Santo Ángel Custodio, parroquia y templo cuya prosapia (tricentenario en el caso del templo, erigido en 1689 por el Obispo Diego Evelino de Compostela, cuyo nombre bautiza la calle en la que está situado) no creo necesario subrayar. En ese templo fueron bautizados el Padre Félix Varela y José Martí y en él, el primero pronunció importantes sermones, estremecedores del alma habanera. Pues bien, durante años una ancianita ya difunta, feligresa cotidiana que llegaba al templo al menos una hora antes de la Misa diaria, se había echado encima, por propia y feliz iniciativa, la imitable tarea de atender a los niños del barrio que con tanta frecuencia entran, corretean por las naves o registran, con curiosidad y asombro infantiles, los altares, confesionarios y,

sobre todo, la impresionante imagen del Cristo yacente en una urna de cristal que a algunos asusta pues creen que se trata de un cadáver real. Verónica -así se llamaba la simpática y, para mí, inolvidable anciana- trataba de explicar todo lo concerniente al templo a esos niños, desbordantes casi siempre de "diabluras" y picardías, y les daba una catequesis acerca de Jesús -desconocido para ellos- sirviéndose de las estaciones del Via-crucis.

En una ocasión repetía el ritual diario con dos niños de aproximadamente doce años. Cuando llegó a la estación de la muerte de Jesús en la cruz, uno de los niños preguntó a Verónica: "¿Quién lo mató, si era tan bueno?" El otro niño, sin esperar la respuesta de Verónica, dijo con lenguaje vivaz, propio de un conocedor impositivo: "¡Imbécil, quién va a ser, los yankees!" El otro, el cuestionador, no tardó en replicar defensivamente: "¡El imbécil serás tú: en esa época los malos no eran los yankees, eran los indios!"

No creo que la mayoría de los niños de mi barrio conozcan mejor hoy a Jesús y a Su Iglesia que aquellos dos (tampoco conocen otras muchas realidades geográficas, históricas, gramaticales, etc., que solíamos conocer en la escuela primaria hace algunos decenios). ¿Seguirán cargando durante mucho tiempo con la cruz de su ignorancia? No me refiero a la Fe, don de Dios y respuesta humana libre, con toda la dosis misteriosa inherente al ejercicio del diálogo entre la gracia divina y el libre albedrío humano. Me refiero al fardo de la carencia de luz en el entendimiento, al deterioro en la ilustración que -con fe religiosa o sin ella; solo Dios puede ser dador y juez-padre en el ya mencionado diálogo- permitiría a nuestros jóvenes una mejor comprensión de su propia persona y de nuestra Nación y de sus tradiciones genuinas; ilustración del entendimiento que les ayudaría también (es consecuencia de lo anterior) a asumir los valores imprescindibles para crecer como personas y la realidad dinámica y católica, es decir, universal, del mundo en el que vivimos, histórico pero no necesariamente caótico. Tanto mayor será el caos cuando menor sea la ilustración integral, que in



Icono ruso de la segunda mitad del Siglo XVI, Museo de Zagorsk

cluye el "dato" o "fenómeno" religioso como realidad inevitable... Este pobre mundo nuestro que, en cierta medida ya es humano, pero que reclama todavía un largo trecho de mejor humanización... Flecha perseguidora de un círculo estimulante... Mundo nuestro, esfera frágil que rápidamente circula entre inconmensurables galaxias, esperando siempre recibir el henchimiento de tu edificación zigzagueante... Mundo nuestro que nos reclamamos, con derecho, las pequeñas piedrecitas blancas, nuestras vidas propias elevadas hasta su mayor plenitud posible por la realidad efectiva del Evangelio, la noticia buena que nos trae el niño del pesebre, el Maestro de los caminos polvorientos de Galilea y de Judea, el hombre joven, desnudo y traspasado en la cruz del Calvario, el deslumbrante resucitado de la mañana de Pascua, conductor del sentido de la flecha y diseñador del cauce de los ríos que van a dar a la infinitud del Mar Océano.

La Habana, 22 de Noviembre de 1994.